

que no acometiesen para abrir el camino del trono á Doña Ines; que la religion, el honor, el bien de su pueblo y el interés de su propio hijo, le obligaban á hacer sentir á la ambiciosa dama el peso de su enojo, y á convencerla de que el cielo no la habia colocado en tan elevada esfera, que pudiese estarle destinado un trono; que aun cuando su nacimiento no la escluyera de él, la razon de estado la alejaba de tan alto puesto, porque Portugal tenia necesidad de alianzas con casas reinantes extranjeras, no solo por buscar honras sino por utilidad del pais, y que esta no podia encontrarse en la amistad de los de Castro, que no eran mas que simples particulares, ricos á la verdad, pero cuya riqueza no podia proporcionar ninguna ventaja al Estado.

Con tales razonamientos persuadian al monarca de la necesidad apremiante en que estaba, de apartar al príncipe de aquellos amores; pero como á ello se opusiera no solo el matrimonio que los santificaba, sino la decidida voluntad de D. Pedro, los implacables cortesanos á cuyo frente estaban Pedro Coello, Diego Lopez Pacheco y Alvaro Gonzalez, ciegos completamente por la ambicion, sin detenerse para realizarla ante la idea del crimen, y seguros de la impunidad, persuadieron al rey, que no habia otro medio para cortar aquellos lazos que quitar á Doña Ines la vida. Enemigo Alfonso de la violencia, y horrorizado ante tal propuesta, vaciló antes de aceptarla; pero de tal modo supieron ofender su altivez y escitar su ira contra la inocente dama, que al fin decretó su muerte, como necesaria para el bien del Estado.

Las pérfidas maquinaciones de aquellos malvados cortesanos no pasaron tan en silencio, que dejasen de llegar á los oídos de la reina Doña Beatriz, madre del príncipe, de D. Gonzalo Pereira, arzobispo de Braga, y de algunos otros personajes, que quisieron salvar á Doña Ines, advirtiéndole de la inicua trama al enamorado esposo; pero este miró aquel aviso como una estratagema de que se valian para obligarle á separarse de Ines, no pudiendo sospechar siquiera, hubiese corazones bastante infames y depravados, para ejecutar con barbarie sin ejemplo tan horrible crimen.

Desgraciadamente su confianza le cegó tanto como su amor. Mientras que D. Pedro salia de Coimbra á una partida de caza, D. Alfonso llegaba desde Montemayor á aquella ciudad, donde la enamorada esposa esperaba rodeada de sus hijos la vuelta del escogido de su corazón. Apenas llegó el monarca á Coimbra, la terrible nueva de su triste destino infundió en Doña Ines el natural temor por ella y por sus hijos, y aunque resignada á morir, pero queriendo conservar la existencia de su esposo y la de los cuatro pedazos de sus entrañas que al calor de su seno habian vivido, se arrojó á los piés del rey, los regó con sus lágrimas, le presentó sus hijos que se abrazaron tambien llorando á las rodillas del monarca, le pidió perdon, ella inocente y sin delito al que intentaba cometerlo, y no siendo fuerte el corazón de Alfonso para resistir á tan tierna escena, el escitado orgullo del monarca cedió á la compasion y perdonó á la infortunada Doña Ines.

Y á tal extremo llegaron las persuasivas razones de aquella inocente esposa y triste madre, que el monarca estaba ya casi dispuesto á reconocerla públicamente por hija; cuando los crueles cortesanos esforzando sus satánicos razonamientos, volvieron á despertar en el impresionable corazón del rey los sentimientos de ódio y de venganza que la presencia y los ruegos de Ines habian ahogado, y para no volver á enternecerse y temiendo desistir de su propósito autorizó á Coello, Pacheco y Gonzalez para que realizasen su horrible intento.

Dormida estaba Doña Ines con el dulce sueño de la virtud y rodeada de sus hijos, cuando aquellos malvados asesinos, deshonorando la espada que ceñian, penetraron en la estancia de la casta esposa. Ni la apacible hermosura de esta, que brillaba dormida en medio de sus hijos, como una rosa blanca recién entreabierto en medio de los pimpollos que la rodean; ni la inocente mirada de las tiernas criaturas, que en su feliz ignorancia sonreian á aquellos hombres, á quienes tal vez juzgaban amigos de su padre; ni el horror del crimen que iban á cometer á sangre fría sin rabia y sin resistencia contra una muger

inerte y sin amparo, pudieron detener el brazo de los asesinos, á quienes empujaba el vértigo de la muerte, sostenido por el demonio de la ambicion y de la envidia. Ciegos y arrebatados hundieron una vez y otra vez sus puñales en aquel blanquísimo seno, y llevaron su crueldad hasta el punto de no apartarse de su víctima, antes de verla exalar el último suspiro.

Renunciamos á describir aquel horrible cuadro. La madre muerta en su lecho; los inocentes hijos abrazados á ella, trémulos, asustados, buscando amparo en la que no podia prestárselo, cubiertos con la sangre de su madre, mirando entre lágrimas y gemidos á los asesinos, pero sin poder comprender toda la inmensidad del crimen que acababa de cometerse; y los tres malvados caballeros contemplando tranquilos aquella agonía natural y aquel doloroso estupor.

Apartemos la vista de tan horrible cuadro, con lágrimas para la triste víctima, con profunda execracion para sus verdugos.....

Al regresar de la caza el príncipe y al ver de tal modo asesinada á su esposa su dolor no reconoció límites: la imágen sangrienta de Ines estaba constantemente delante de sus ojos, arrancándole suspiros y lágrimas, hasta que pasados los primeros trasportes del dolor, despertóse en su espíritu el natural deseo de la venganza, que solo podia satisfacerse, sacrificando en aras de su amor perdido, la vida de los impíos homicidas. No era sin embargo tan fácil de realizar este pensamiento como de concebirlo: los asesinos de Ines estaban protegidos por el monarca, y era necesario levantarse en son de guerra para conseguir su justo castigo.

Tal obstáculo no fué bastante á detener al irritado príncipe. Unido con Fernandez y Alvaro de Castro, hermanos de la desgraciada Doña Ines, corrió á las armas asolando todas las posesiones de Coello, Pacheco y Gonzalez, y juró que no se someteria hasta que le fuesen entregados los asesinos de su esposa. Las lágrimas y los ruegos de su madre consiguieron sin embargo calmar su enojo, aunque no que renunciase á su venganza para lo porvenir.

Los acontecimientos sucediéndose con rapidez, le pusieron en

ocasion de realizar sus deseos. Alfonso murió en 1357 y el ofendido D. Pedro subió al trono de Portugal.

Los indignos cortesanos Diego Pacheco, Alvaro Gonzalez y Pedro Coello, se habian refugiado en Castilla; pero si el primero huyó á Francia donde murió, los dos últimos fueron entregados al nuevo rey de Portugal por D. Pedro el Cruel. Espantoso fué el crimen que aquellos señores cometieron, pero tremendo fué tambien el castigo que el ofendido monarca les impuso. Conducidos á Portugal fueron juzgados, y convictos de su delito, condenados á muerte: el suplicio ordinario era sin embargo insuficiente para extinguir la sed de venganza que el rey alimentaba; y despues de atormentarles cruelmente, concluyó por hacerles arrancar el corazon, al uno por el pecho y al otro por la espalda, encima de un alto cadalso, quemando en seguida los cadáveres y arrojando sus cenizas al viento. Suplicio horrible que llenó de consternacion á todos los que de él tuvieron noticia, y que D. Pedro presenció con la fria calma de la venganza satisfecha.

## II.

Desusada animacion notábase en Castanhedo poco despues de estos acontecimientos. Convocadas las Córtes del reino el monarca queriendo honrar la memoria de su adorada esposa, declaró su matrimonio solemnemente en presencia de los representantes de sus estados y del nuncio apostólico; publicóse el acta de aquel enlace por todo Portugal con la mayor solemnidad, así como la dispensacion del papa Juan XXII que habia precedido á el enlace; reconoció á los hijos de aquel matrimonio con derecho á la corona; y exhumando en la Iglesia de Santa Clara de Coimbra el cuerpo de la muger á quien tanto habia amado, dispuso la vistiesen con las galas de Reina; colocó él mismo sobre